

„por consiguiente no es inverosímil que el hombre lo deba todo á su organizacion física.” Bien veis, señores, que nada os oculto; pero volvamos al asunto.

Asegurais por decontado que el dogma de la espiritualidad del alma fué desconocido á los doctores de la Iglesia cristiana; pero ¿dónde está la prueba de esta asercion? Unicamente existe en algunas palabras equívocas. Confieso que se sirvieron algunas veces, hablando del alma humana, de términos que no tienen todo aquel rigor metafísico que buscamos en la presente discusion; pero ¡cuán léjos estaban de los tenebrosos sistemas que se les suponen! En efecto, los unos han pensado que ademas de estar el alma unida á este cuerpo visible que ella anima, lo estaba tambien á cierta especie de túnica aérea que le servia como de comunicacion con los órganos mas groseros del cuerpo; y en este sentido decian que el alma tenia un cuerpo, lo que no impedia que en su sustancia inteligente fuese espiritual. Los otros para significar que el alma era cierta cosa real y subsistente, y no una simple cualidad, decian que era un cuerpo en el mismo sentido que nosotros decimos que es una sustancia; y aun de las diferentes facultades de que está adornada, el entendimiento,

la voluntad y la memoria tomaban ocasion para considerarla como un compuesto de diferentes partes. Todo esto puede verse discutido en el *Deccionario* de Bergier y en el de las *heregias* por Pluquet.

Voy, señores, á haceros una reflexion decisiva: esos doctores de la Iglesia cristiana eran sin duda cristianos, conocian y profesaban los elementos del cristianismo, y todos creian, como nadie lo niega, en la existencia de la vida futura: ¿y qué importa que el alma fuese corporea si no obstante era inmortal, y estaba destinada á recibir en la otra vida el castigo de sus vicios, ó la recompensa de sus virtudes? Solo en nuestros dias ha podido ocurrir poner á San Agustín en el número de los materialistas. Tenemos una obra suya en forma de diálogo, cuyo objeto es hacer ver que el alma, no obstante que sea cierta cosa grande por su accion y poderío, no tiene magnitud como los cuerpos, y que no es una cantidad divisible como las cantidades corporales; de lo que viene su título *De quantitate animæ*. En ella expone S. Agustín unos principios, que mas adelante debia Descartes tener la gloria de explicar perfectamente; y ¡cosa bien singular! de este mismo escrito, en que combate la doctrina de los materialistas, es de

donde estos, sin acaso haberle leído, toman ocasión para invocar á S. Agustín por uno de sus abogados.

Pero ¿á qué se dirige todo ese empeño en defender la materialidad del alma? No tiene otro objeto que probar que es mortal, que acaba con el cuerpo, y que de este modo nada hay que esperar ni que temer mas allá del sepulcro. Pero yo quiero por un momento que la idea descabellada y muy imprudente de Locke pudiese realizarse, que fuese absolutamente posible que por la omnipotencia de Dios la materia llegase á pensar: ¿habria por eso seguridad alguna contra lo venidero? Ciertamente que no; pero examinemos en su totalidad el pensamiento de Locke. El mismo establece que es imposible concebir que la materia pueda sacar de sí misma el sentimiento, la percepción y el conocimiento; pero aparentando un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á decir que Dios no pueda hacer que la materia piense (1). Mas si, como quiere Locke, Dios es bastante poderoso para dar á la materia la facultad de pensar, para hacerla un ser inteligente y libre, capaz del

(1) *De l'Entendement humain*, lib. IV, chap. 3, §. 6; y chap. 10, §. 10, 15 etc.

bien y del mal, y de merecer ó desmerecer, ¿por qué no podrá tambien conservar de algun modo este ser material, trasladarle á otro orden de cosas, y hacerle allí capaz, por medio del sentimiento, de recibir recompensas ó castigos? Esta reflexion ha sido hecha por célebres metafísicos, entre otros por Carlos Bonnet (1). Los escritos de Locke, su vida y últimos momentos prueban que creia en la inmortalidad del alma; y he aquí como el incrédulo, aun en su misma hipótesis, no está convencido de esa nada á que aspira, y ni aun ese miserable recurso le será concedido, como dice Bosuet (2).

Paso á la segunda dificultad tomada de la influencia del cuerpo sobre el alma, y de las relaciones continuas entre ambos, que parece suponen que son una sola y única sustancia. Procuremos, señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la diferencia del alma y del cuerpo, confesamos que segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ambos una correspondencia perpetua. El alma está hecha para el

(1) Véanse *Pensées de Leibnitz*, tom. I, pág. 165.

(2) *Oraison funèbre de la Princesse Palatine*.
TOM. I. 18

cuerpo, y el cuerpo está hecho para el alma: esta es como una reina, cuyos ministros y servidores mas ó ménos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas sobre los sentidos no exciten en el alma sensaciones é ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; que el alma no tenga necesidad mas particularmente del ministerio del cerebro para las operaciones de su inteligencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertas ideas, ni que la constitucion fisica, la edad, el clima y el régimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es por consiguiente inútil hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y han sido observadas y reconocidas en todos los tiempos. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mutua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos establecido al principio de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que

nos ha obligado á confesar que el alma se distingue del cuerpo. Si observais que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os vendria por eso á la idea confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Vendrá un espiritualista que observará que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma, que los sentimientos de placer ó de dolor, de odio ó de amistad, afectan y conmueven los órganos y la fisonomía hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá que lo que creemos que es un cuerpo no es mas que una apariencia de tal, y una imaginacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos extravíos, reconozcamos la influencia recíproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo de sus facultades intelectuales. El alma tiene sin duda cualidades que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en general, so-

lo por el ministerio de estos desplega sus facultades, ¿deberá admirarnos que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca una arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de los sonidos, en tales términos que si el instrumento es defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables: ¿y por esto confundirémos al músico con el arpa?

Observaréis que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni excedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creeréis que la debilidad de su entendimiento proceda únicamente de la de sus órganos? No: tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de su ignorancia en la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero

que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero manifestará á los diez años una inteligencia que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creéis notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¡Cuántas excepciones no admite! ¡Cuántas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Qué vigor y qué elevacion de pensamientos se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y qué debilidad al contrario en cuerpos vigorosos! ¡Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres, aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mugeres tímidas, esos ancianos decrepitos, á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la

del alma; y son tantas las excepciones, que ellas solas nos suministrarían una nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por tanto dirémos tomando el pensamiento y aun las expresiones de un apologista moderno: „Si un niño tuviese „su razon completa, le seria insufrible la debilidad de su cuerpo; y léjos de sonreirse en el „seno de su madre, se le veria triste, inquieto „y zeloso aspirar con impaciencia á todo el vigor de su padre; tendria, aun envuelto en sus „pañales, las pasiones y los proyectos de un „hombre, y enfureciéndose de no poder satisfacer sus deseos, el mismo conocimiento de su „libertad le haria mirar como una horrible prision la cuna donde descansa tranquilamente. „Los padres no tendrian mas autoridad que la „de la fuerza, y los ancianos carecerian de aquel „derecho legítimo que les da la madurez de sus „juicios al respeto de la juventud. Todo se „trastornaria en el orden de las cosas huma-

„nas (1).” Diré en dos palabras, señores, valiéndome de las mismas del escritor que ha refutado *el Sistema de la naturaleza* con una lógica invencible: „Es cierto que hay una dependencia „mútua entre el cuerpo y el alma; pero es un „delirio inferir que dos cosas son idénticas, por „que entre ellas haya una mutua dependencia (2).”

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene en que los animales sienten y piensan, y sin embargo se niega que tengan una alma espiritual; de lo que se quiere inferir que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por decontado, señores, yo no puedo ménos de extrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque al cabo yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mí, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda nocion respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus

[1] Helvionnes. *Observations à la suite de la Lettre XLIII.*

[2] Holland. *Réflexions philos. etc.* ch. VII. pag. 64.

acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, seria preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. „El verdadero filósofo, dice con este motivo el inmortal autor „del Anti-Lucrecio, camina de lo que conoce „á lo que ignora. ¿Por qué rareza quereis juzgar de lo que conoceis por aquello que ignorais? ¡Extravagante dialéctica! ¿Deberémos „acaso buscar la luz en el centro de las tinieblas?“ (1)

Dejo á los anatómicos el comparar la organizacion de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia. Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige; aquella fuerza desconocida, pero cuyos efectos vemos, y que le domina de tal modo que, en todos tiempos y lugares, hace uniformemente las mismas cosas. Hay tambien en el hombre, en ciertos casos, una especie de

[1] Livre VI, vers. 379 et suiv.

instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño recién nacido el pecho de su madre para sacar su alimento, y los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con rapidez: por este instinto presentamos las manos en una caída para libertar la cabeza: por él cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditacion; siendo de notar que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfeccion como el hombre mas sabio y el maquinista mas consumador: y hé aquí cómo por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Qué otra cosa veis ademas en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frio ó de calor, de alegría ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bienestar, á su conservacion, y á su salud; en una palabra, que tiene una alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le

acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento al que le guía; que los animales en general experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas y á la conservación de su especie: bajo de este aspecto pueden tener una alma no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. ¿Y en dónde se encuentra que la religión condene semejante opinión? ¿Desde cuándo ha impuesto la obligación de creer que los animales son como las plantas, que vegetan y crecen sin experimentar la sensación del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros libros santos nos hacen una pintura tan magnífica por su sencillez de las obras de la creación, se contentan con decir que Dios cubrió la tierra de plantas colocando en cada especie la semilla que debía reproducirlas; pero hablando de los animales los llama hasta tres veces *una alma viviente*; por lo que nada nos prohíbe conceder á los animales una alma sensible como la del hombre, hasta cierto punto.

¿En qué consiste pues la diferencia? Vedla aquí, señores. Observad los animales; veréis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente

las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan: los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Qué animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol construye su nido del mismo modo que la de Europa: al otro lado del Vístula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme, y el castor lo es hoy mas ni menos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad, parece suponer que los animales son mas bien movidos por una fuerza, cuya dirección no está á su arbitrio, que por una razón que medite, combine y se determine eligiendo. Sobre todo, ¿quién se atreverá á decir que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el orden y la virtud, que siga las leyes é impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡qué admirable variedad en las obras del hombre! Cada día hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las

artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva por último al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora, señores, nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿quereis, como Descartes, que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entónces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dardarlo. ¿Queréis al contrario concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, no diré como la del hombre y tan perfecta en sus facultades; pero sí una alma cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo (1).

¡Cosa singular! ¡El hombre, señores, sober-

[1] Bossuet. *Connaissance de Dieu et de soi même*, Cap. V., n.º 13. Helviennes, *Observ.* á la suite de la Lettre LI.

bio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con zelos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada al hombre hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á estas concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre. Se ponderan las inclinaciones y sentimiento de las plantas, se mira con enagenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo: así se envilece la dignidad de la especie humana, y así una filosofía, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre en cierto modo de sus derechos, y sublevar contra él las demas criaturas. Falsos sabios intentan introducir la democracia en la naturaleza, así como falsos políticos la habian introducido en la sociedad; y para servirme de la expresion original de un grande escritor. „Parece que el pueblo de la creacion conspira „á destronar á su Rey.” Pero no: la soberanía del hombre no perecerá, y á pesar de los sofistas siempre conocerá la excelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes, se descubre en la magestad de su porte,

en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero sobre todo la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento que esparce al rededor de sí por medio de la palabra, y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo: que está hecha á la imagen de Dios. Sí, el alma por su imperio sobre esta porcion de materia que está unida á ella y á la que gobierna; representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la suprema inteligencia infinita que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, le advierten que está destinada por gracia á aquella eternidad que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos sois el único Rey inmortal de los siglos; os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, y seria menospreciar vuestros dones no conocer el valor de una dignidad que tenemos de vuestra divina

munificencia. ¡Cuán apreciable debe sernos esta soberanía que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad!

LEY NATURAL.

EL primero de los filósofos y oradores de la antigua Roma tenia ideas bien sublimes y claras sobre la ley natural cuando decia: „La verdadera ley es la recta razon y la voz de la naturaleza comun á todos los hombres; ley invariable y eterna, que nos prescribe nuestros deberes y nos prohíbe la injusticia; de cuyo imperio no pueden substraernos ni el pueblo ni los magistrados; que no necesita de otro organo ni de otro intérprete que nosotros mismos; que no es diferente en Roma que en Aténas, ni fué diversa en otro tiempo de lo que es hoy: por ella rige y enseña Dios soberanamente á todos los hombres, y él solo es su autor, su árbitro y su vengador. El que no la sigue es enemigo de sí mismo, rebelde á la naturaleza, y halla en su propio corazon el castigo de su crimen aun cuando le fuese posible eludir las penas que pueden imponerle los hombres.” Así se explicaba Ciceron en otro tiempo, en el tercer libro de su *República*. Lactancio que nos ha con-

servado este fragmento (1), le hallaba tan bello que le calificó de casi divino. ¡Qué language en efecto, y qué rasgo tan luminoso en el centro mismo del paganismo! Pero ¡qué borron de ignominia no echa al mismo tiempo sobre todos esos sistemas horribles que confunden el bien y el mal, y hacen de las reglas de las costumbres una cosa puramente arbitraria! Ha sido preciso que hasta en medio de las mas brillantes luces del Cristianismo se hayan visto renovar los monstruosos sistemas, que aun entre los mismos paganos excitaron la indignacion y el desprecio, y que no llegaron á acreditarse entre los griegos y los romanos sino para corromperlo y destruirlo todo. ¡Qué misterios de perversidad podria descubrirnos si quisiese exponer todo lo que ha salido de la pluma de nuestros impíos y desenfrenados escritores acerca de la virtud y de las pasiones, y sobre las reglas de las acciones humanas y los motivos que deben dirigirlas. Baste saber que segun estas doctrinas el vicio y la virtud no tienen fundamento alguno en la naturaleza de las cosas, sino que varian como los usos y los climas; que la moral solamente procede de la politica, así como las leyes y los ver-

(1) *Divin. Institut.* Lib. VIII, cap. VIII.